

Vidas singulares

Camilo Ramírez Garza

“ El psicoanálisis no busca adaptar al sujeto a una realidad, sino mostrar, en principio, como eso llamado realidad, surge y se articula”

Slavoj Žizek

Eso que no se ajusta a una expectativa ideal, sea porque se queda corto o rebasa, en términos de cantidad o de cualidad, es un espacio “no colonizado” por el imperativo categórico del deber ser.

Espacio libre desde donde se puede generar algo diferente, una posición singular, creativa y única.

El deber ser se plantea siempre desde un lugar ajeno a las múltiples experiencias, ofreciéndose como una ortopedia de vida, algo con lo cual comparar, no solo lo que se hace, sino lo que se debe ser (normativa de vida, salud, etc.); sus influencias y circuitos provienen, lo mismo de la moral religiosa, pasando por el derecho, como de la educación y la ciencia.

Con la característica actual, que cada uno de estos ámbitos ha perdido, en parte, su propio discurso, para ser sustituido por las lógicas del siempre flexible mercado y la ingeniería de pro-

Psicología

cesos, dotando al deber ser de uniformidad y calidad desencarnada, maquinaria, a la manera de procesos industriales aplicados a materiales; vemos dichas lógicas industriales aplicándose por igual al ámbito educativo, político y familiar, quedando dichos contextos estructurados y reducidos en sus lógicas en serie, considerando como anomalía y error cualquier manifestación de no adaptación a sus parámetros.

Los maestros se quejan de los alumnos que no se ajustan al perfil, lo mismo padres de familia, quienes no ven más que errores en eso que sus hijos hacen o dicen.

El reclamo tiene la misma estructura, ¿por qué no puede ser de otra forma?

La mirada en serie de la administración en el ámbito educativo produce malestares, tanto para los alumnos y sus padres, como para los maestros y directivos, pues tienden a predominar

los objetivos administrativos -y de negocio, en caso de colegios y universidades privadas- que de experiencias de aprendizaje. Cumplir con los requisitos y tareas, en tiempo y forma, se vuelve lo central, creyendo que el instrumento y la medición lo es todo. Los implicados en la enseñanza están más al pendiente de los resultados que de reflexionar críticamente sobre lo que se está enseñando-aprendiendo, tal como la clase política se enfasca -igualmente sin mediar reflexión alguna- en desarrollar medidas protectionistas para inversionistas que de mejorar las condiciones de los ciudadanos.

Las vidas singulares son esas que suceden fuera de la normativa dictatorial del deber ser, muchas veces castigadas y perseguidas, precisamente por su no adaptabilidad a la norma, supuesto parámetro de salud y bienestar.

Cuando dejamos de perseguir y/o comparar a alguien, no etiquetándole con adjetivos, sino abriéndonos a la posibilidad de conocerle, sin mediar comparación alguna con un supuesto ideal de ser y existir, es cuando podemos restituir la singularidad de la vida de esa persona que tenemos enfrente, conocerle sin desear cambiarle ni implantarle tal o cual idea, lugar desde donde el sujeto se desarrolla y asume una responsabilidad sobre su existencia.



Ello sería no solo necesario, sino vital para atender muchos malestares, dentro y fuera de las aulas, en las familias, lugares de trabajo y qué no decir del gran espectro social de la cultura, donde la competencias nos pone en relación a partir de parámetros únicos para todos, gestando exclusión y violencia.

Considerar la no adaptación a la norma categórica del deber ser, como un signo de algo no explorado aún en el sujeto, puede posibilitar que “eso”

interpretado como error, desde las lógicas del cumplimiento y el orden, surja como algo más, algo diferente que transforme de manera singular la vida de alguien.

Decir y hacer eso en estos tiempos, de sujetos en serie, no es para nada poca cosa: restituirle alguien su voz y derecho de existir en su singularidad, sin castigarle por no parecerse al molde, absurdo y por demás obsoleto, que le hemos diseñado.

www.camiloramirez.com.mx



Acerca del maltrato familiar

José Alonso Andrade Salazar

Cada familia tiene un ciclo de conformación o etapas, en las que aparecen de forma inherente los conflictos, a través de tres dimensiones: roces, choques y crisis; estos niveles de encuentro son determinantes para el análisis de las manifestaciones del conflicto y las condiciones psicoafectivas en las que se genera y reproduce el acto de VIF, así, al hablar de VIF se aduce más una cronicidad y permanencia del acto violento, antes que a un proceso episódico, éste último aspecto es categórico para señalar el conflicto intrafamiliar, el cual puede ser abordado por los miembros de la familia, bajo habilidades de resolución de problemas, logradas a través de la comunicación asertiva y la tolerancia, mientras la VIF requiere de atención especializada; respecto a lo anterior, “Se entenderá por acto de violencia intrafamiliar todo maltrato que afecte la salud física o psíquica de quien, aun siendo mayor de edad, tenga respecto del ofensor la calidad de ascendiente, cónyuge o conviviente o, siendo menor de edad o discapacitado, tenga a su respecto la calidad de descendiente, adoptado, pupilo, colateral consanguíneo hasta el cuarto grado inclusive, o esté bajo el cuidado o dependencia de cualquiera de los integrantes del grupo familiar que vive bajo un mismo techo” (Ley 294 de 1996).

Estanislao Zuleta expresa la inevitabilidad del conflicto y la responsabilidad social que tenemos con el mismo respecto a su comprensión y elaboración, ya que somos generadores y reproductores, tanto de los motivos emocionales de opresión como de los elementos y escenarios de los que se valen los actores sociales para legitimarlo como válido; desde éste orden de acciones el compromiso ético y moral, en cuanto intervención primaria, secundaria y reparación, es elevado para todos y todas, pues: “... una sociedad mejor es una

sociedad capaz de tener mejores conflictos, de reconocerlos y de contenerlos, de vivir no a pesar de ellos sino productiva e inteligentemente en ellos, que sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz” (Zuleta, E. Bogotá, 1990: 112).

El espacio familiar es al tiempo productor, reproductor y retroalimentador constante de diversas prácticas violentas, cuya manifestación se refleja principalmente en actitudes de abuso de autoridad, rechazo, silenciamiento, exclusión, preferencias, maltrato físico y psicológico, abuso sexual e irrespeto a la intimidad de los niños, niñas y adolescentes, desconociendo y/o evitando el reconocimiento de los derechos de la infancia y adolescencia, como modus operandis o justificativo personal frente al abuso.

Llama la atención que los padres en nuestra cultura “tienen un menor contacto con los hijos debido a su rol prioritario de proveedor económico de la familia y no desarrollan otro tipo de relaciones vinculantes que les permita manejar los conflictos en los pocos momentos que comparten con mayor intensidad los espacios vitales” (FORENSIS 2008, p. 113), quizá por esto, en las víctimas de maltrato, los grados extremos de ultraje repercuten negativamente en el nivel de seguridad, confianza y estabilidad de cada miembro, llevando a que muchos se replieguen en su mundo interno y establezcan una resistencia pasiva, como medida de protección frente a eventuales agresiones mayores.

Cada familia tiene un ciclo de conformación o etapas, en las que aparecen de forma inherente los conflictos, a través de tres dimensiones: roces, choques y crisis; estos niveles de encuentro son determinantes para el análisis de las manifestaciones del conflicto y las condiciones psicoafectivas en las que se genera y reproduce el acto de VIF, así, al hablar de VIF se aduce más una cronicidad y permanencia del acto violento, antes que a un proceso episódico, éste último aspecto es categórico para señalar el conflicto intrafamiliar.

José David Fandiño Legui

El nacimiento del internet se remonta aproximadamente entre las décadas de los sesenta y setenta, cuando el Departamento de los Estados Unidos, comisionó a un grupo de científicos para buscar una solución a la seguridad estratégica de Occidente.

Como resultado de estos trabajos surgió la “Red Arpa”, la cual fue diseñada para uso exclusivamente militar; los creadores de esta innovación tecnológica no previeron el alcance de su creación, la cual es la plataforma original de lo que es ahora el internet y la tecnología que ha cambiado al mundo (Glowniak, 1998).

Sin embargo, su mayor impacto comercial se evidencia en los años noventa, convirtiéndose en una propuesta de interactividad y realidad virtual no imaginada en sus inicios (Jiménez & Pantoja, 2007).

Morahan-Martin & Schumacher (2000) encontraron que el internet a pesar de ser una novedad interactiva, podría tener efectos negativos en los adolescentes, debido a las características propias de su desarrollo, donde la búsqueda de cosas nuevas y la impulsividad propia de su etapa, los hacen más vulnerables a desarrollar problemas adictivos (Chambers, Taylor & Potenza, 2003).

Hoy el internet es una herramienta de fácil acceso para cualquier persona, debido a la adopción rápida de la plataforma tecnológica World Wide Web (www), la cual permite encontrar

La adicción al internet

cualquier tipo de datos sin límites de información, fronteras e idioma (Glowniak, 1998). En nuestra sociedad, tener internet es un elemento primordial para el trabajo, la educación y aun el entretenimiento: se estima que existe un poco más de 200 millones de internautas y que esta cifra va en aumento, convirtiéndose al internet como la segunda tecnología más usada alrededor del mundo, superada por la telefonía celular (Navarro-Mancilla & Rueda-Jaimes, 2007).

Adicción a internet

La Adicción a Internet (AI) se origina como una problemática amalgamada a nuestra sociedad moderna (Jiménez & Pantoja, 2007). Desde 1998 hasta el 2014 han surgido a nivel mundial numerosas investigaciones sobre adicción al internet por Carbonell, Fúster, Chamorro y Oberst (2012), Henderson (2011), Ko et al. (2008), Kraut et al. (1998), Sánchez-Carbonell, Beranuy, Castellana, Chamorro y Oberst (2008), Stieger y Burger (2010), Villafuerte y Mainé (2013), Yen et al. (2008) y Young y Rodgers (1998). En México investigadores como Carreón (2012), García - Piña (2008), Hilt (2013), Trujano, Dorantes, y Tovilla (2009) y Poncela (2013) autores que han demostrado la relación de la adicción a internet con otros conceptos.

Actualmente internet está generando

nuevas adicciones, convirtiéndose en nuevos desafíos en el campo de la psiquiatría (Navarro, 2001) como el desarrollo de patologías que están asociadas al uso excesivo de esta tecnología, como: el placer excesivo de estar en línea; irritabilidad o síntomas depresivos al no estar conectados; deterioro de las relaciones familiares y sociales; al igual que negligencia laboral (Navarro, 2001).

Con el paso de los años internet se ha vuelto un medio muy popular, y junto con esta creciente notoriedad, apareció el uso excesivo y como tal la adicción a internet (AI); a Ivan Goldber psiquiatra estadounidense, es a quien se le da el crédito de proponer el término de Adicción a Internet en 1995, al encontrar en sujetos, el uso compulsivo y patológico de internet (Goldberg, 1995 a,b; Mitchell, 2000).

Como la AI es una problemática relativamente nueva, no está clasificada como una conducta patológica ni por el DSM-V (American Psychiatric Association, 1994) ni por el sistema de Clasificación Manual Estadístico de los Trastornos Mentales (CIE-10, World Health Organization, WHO, 1992) lo que dificulta su clasificación así como su tratamiento; sin embargo con el paso de los años, aparecen más investigaciones y literatura (Brenner, 1997), momento en que algunos académicos abogan que el uso excesivo de internet puede ser patológico y adictivo.

Localizan punto donde se forma la soledad

Especial

Los humanos, como todos los animales sociales, tenemos una necesidad fundamental de contacto con otros.

Este instinto profundamente arraigado nos ayuda a sobrevivir; es mucho más fácil encontrar comida, refugio y otras necesidades estando dentro de un grupo que en solitario.

Privadas por tiempo prolongado del contacto humano, la mayoría de las personas se sienten solas y emocionalmente afligidas.

El equipo de las científicas Kay Tye y Gillian Matthews, del Instituto Picower para el Aprendizaje y la Memoria, adscrito al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) en Cambridge, Estados Unidos, ha identificado un conjunto de células cerebrales que constituye el principal soporte físico donde se generan los sentimientos de soledad.

Este conjunto de células, situado cerca de la parte trasera del cerebro, en un área llamada núcleo dorsal del rafe (DRN, por sus siglas en inglés), es necesario para generar la mayor sociabilidad que normalmente acaece después de un periodo de aislamiento social, a juzgar por los resultados de la investigación con ratones.

Hasta donde sabe el equipo de investigación, es la primera vez que alguien ha asociado un estado descriptible como sensación de soledad a un sustrato celular. “Ahora tenemos un punto de partida para empezar realmente a estudiarlo”,



dice Tye.

Si bien se ha investigado mucho acerca de cómo el cerebro busca interacciones sociales provechosas y responde ante ellas, se sabe muy poco sobre cómo la soledad y el aislamiento motivan también el comportamiento social.

La investigación indica que las neuronas del núcleo dorsal del rafe reaccionan ante el estado de aislamiento. Cuando en los experimentos unos animales eran alojados juntos, sus neuronas del núcleo dorsal del rafe no estaban muy activas.

Sin embargo, durante un periodo de aislamiento lo bastante largo, estas neuronas se volvían más sensibles al contac-

to social y cuando a los ratones que habían estado aislados se les reunía con otros, se iniciaba una clara actividad en el núcleo dorsal del rafe.

Al mismo tiempo, esos ratones se mostraron mucho más sociables que aquellos a los que no se había aislado en ningún momento.

Cuando el equipo de investigación bloqueó las neuronas del núcleo dorsal del rafe usando optogenética, una técnica que permite controlar con luz la actividad del cerebro, encontraron que los ratones aislados no mostraban el mismo rebrote intensificado en sociabilidad cuando se les reintroducía en grupos con otros ratones.

Eso sugiere que estas neuronas son importantes para el rebrote incrementado de sociabilidad provocado por el aislamiento.

Los investigadores encontraron asimismo que los animales con un rango más alto en la jerarquía social eran más receptivos a cambios en la actividad del núcleo dorsal del rafe, lo que sugiere que podrían ser más susceptibles a los sentimientos de soledad, y al reencuentro con otros individuos después del aislamiento.

Tal como reflexiona Tye, la experiencia social de cada animal en un grupo no es idéntica.

Es fácil suponer que al ratón dominante le puede gustar su entorno social, mientras que el ratón subordinado, acosado a diario por al menos un miembro de su especie, puede ser más proclive a preferir estar solo que mal acompañado, por así decirlo.